

Anita



Tulio Halperin Donghi

University of California, Berkeley / halperin@socrates.berkeley.edu

Resumen

En este texto, el autor rememora las casi ocho décadas de amistad que mantuvo con Ana María Barrenechea, una amistad errante que se desplegó, según sus propias palabras, “aquí, allá y en todas partes”. De todos modos, en él no se recogen solamente recuerdos meramente personales sino que estos le permiten al autor repasar cómo la accidentada historia política argentina del siglo XX fue definiendo no solo la biografía intelectual de Barrenechea –sus exilios y sus regresos– sino también, de manera más general, los avatares de las instituciones consagradas a la enseñanza terciaria o a la investigación en la Argentina, y entre ellas el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”.

Palabras clave

amistad
rememoración
historia política
biografía intelectual

Abstract

In this article, the author recalls the nearly eight decades of friendship he had with Ana María Barrenechea, a wandering friendship unfolded, in his own words, “here, there and everywhere.” Anyway, just merely personal memories are not included in it, but these memories allow the author to review how the checkered political history of Argentina in the 20th century has defined not only intellectual Barrenechea's biography –her exiles, her returns– but also, more generally, the vicissitudes of the institutions engaged in tertiary education or in research in Argentina, among them the Institute of Philology and Hispanic Literatures “Dr. Amado Alonso”.

Key words

friendship
remembrance
political history
intellectual biography

¿Cómo se narran casi ochenta años de encuentros aquí, allá y en todas partes (porque, cuando hace ya un par de décadas alguien comenzó un comentario poco amable sobre nuestra Ana María Barrenechea pude contestarle que me negaba a seguir oyéndolo porque era ella la única persona fuera de mi familia más directa a quien había conocido de pantalón corto). Lo mejor que se me ocurre es comenzar por el principio; tenía yo nueve años, y acababa de estallar la Guerra Civil Española cuando en el departamento de Belgrano esquina Tacuarí en el que mi tía segunda Frida Weber llevaba la casa para su padre, el tío León, mi madre, que en la ocasión había tomado a su cargo lo que en la lengua del nuevo milenio se conoce como *bajar línea*, provocó una muy viva discusión en

la que Anita (que preparaba como de costumbre con Frida los exámenes del Instituto) se esforzaba en explicarnos por qué no podía negarse a acompañar a sus padres, navarros e inclinados por el bando rebelde, al teatro en el que actuaba la compañía de Irene López Heredia, que representaba a ese bando en el mundo del espectáculo. Recuerdo muy bien el tema, porque el estallido de la Guerra Civil había logrado politizar por unas semanas a los chicos y chicas de mi edad, pero recuerdo aún mejor, y muy gratamente, la tibieza de ese comedor de vidrios empañados por el frío de la calle.

Y guardo un recuerdo no menos vívido de nuestro último encuentro, en el Bar Tolón de Santa Fe y Coronel Díaz, a dos cuadras de su casa y a menos de la de mi hermana, en donde yo paraba todas las primaveras, en el que habíamos tomado la costumbre de compartir cada par de semanas dos cafés completos, y creo que lo que nos hacía tan atractivos esos encuentros era que nos daban la ilusión de que nuestras tan largas y complicadas diásporas no habían logrado desarraigarnos de nuestro rincón nativo.

Porque entre el invierno de 1936 y la primavera de 2008, tal como decía más arriba, el destino nos había dado ocasión de encontrarnos un poco en todas partes. Primero todavía en Buenos Aires, pero en un Buenos Aires cada vez más irreconocible, desde que a partir de junio de 1943, bajo la égida del régimen militar que puso fin a la larga agonía del cada vez más afantasmado régimen constitucional, los malos presagios que había inspirado vivir la etapa que había quedado atrás vinieron a cumplirse con velocidad aterradora. Ya en octubre una primera depuración en las universidades nacionales comenzaba a demoler el marco en que Anita había comenzado su carrera de estudiosa. Para entonces estaba yo cumpliendo mis diecisiete años, y puedo atestiguar el creciente desconcierto que reinaba entre las víctimas de esa obra de destrucción de un mundo que era también el mío, que ya entonces me recordaba el de esas azoradas liebres sobre las cuales había fijado su mirada la cobra que se preparaba a devorarlas.

En 1943 hacia cinco años que Anita había egresado como alumna distinguida del Instituto Nacional del Profesorado Secundario (hoy Instituto Superior del Profesorado) y quienes habían sido allí sus profesores – Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Raimundo y María Rosa Lida, Ángel Rosenblat...– cuando bajo la dirección del primero de ellos en medio de las crecientes dificultades motivadas por la segunda gran guerra del siglo XX estaban haciendo del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires el más importante centro de estudios lingüísticos y literarios del mundo hispánico la convocaron a colaborar en sus tareas, en una etapa que iba a ser decisiva para el perfilamiento de su personalidad de estudiosa.

Sus mentores no ignoraban que, a más de la hostilidad de principio por la orientación que habían impreso al Instituto de Filología, quienes habían tomado a su cargo la implementación de la política cultural del nuevo régimen tenían razones adicionales para extenderla a todos y cada uno de ellos, y asistían con desazón creciente a la labor destructiva de quien habían destinado a aplicarla en el Instituto del Profesorado, cuando en medio de tanta tristeza Anita, junto con dos colegas tan temerarios como ella, presentó ante el ministro cuya hostilidad conocían los tres demasiado bien una denuncia de los estragos causados por su agente acompañada del pedido de su inmediato reemplazo. Había con todo una diferencia entre su actitud y la de sus colegas; mientras estos la asumieron como un deber cívico, ella por su parte desplegó ya en esta ocasión el temple sonriente y despreocupado con que hasta el fin iba a afrontar aún las decisiones más riesgosas.

Por fortuna la casi sobrenatural incompetencia de quienes guiaban esa primera etapa del régimen militar, que al encerrar a este en un laberinto cada vez más intrincado lo obligó a renunciar a esa política cultural, protegió a quienes habían osado desafiarlos. Pero desde que el más diestro líder político que tuvo la Argentina en el siglo XX logró

recibir de sus deplorables precursores la herencia del poder, quienes habían estado tan cercanos a poner fin prematuro a su deslumbrante carrera debieron asumir las consecuencias de su derrota: Anita conservó hasta el año 1949 el cargo de profesora de Fonética para el cual había sido designada en 1944 en el Instituto del Profesorado, pero en esos mismos años su grupo de pertenencia se deshacía irreversiblemente: en 1946 Amado Alonso pasaba a ocupar de modo permanente una cátedra en Harvard, y ese mismo año la prematura muerte de Pedro Henríquez Ureña ocurrió cuando se había resignado ya a dar por cerrada la etapa argentina de su trayectoria. Al año siguiente fue la desbandada: Raimundo Lida se incorporó al Colegio de México, María Rosa tomó el camino de Harvard pero al año siguiente su matrimonio con Yakow Malkiel la llevó a Berkeley, mientras Ángel Rosenblat hallaba refugio en Venezuela.

Ninguno de ellos volvería a la Argentina sino para breves visitas; no así Anita, que iba a permanecer en su tierra nativa aún luego de perder sus posiciones en la Universidad y en el Instituto del Profesorado, mientras en una y otra institución la atmósfera se hacía cada día más irrespirable. En esos años volcó lo principal de sus actividades en el Instituto de Filología, en que el español Alonso Zamora Vicente intentaba seguir avanzando en un marco harto más modesto en la dirección abierta un tercio de siglo antes por don Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Amado Alonso; a ello la incitó el propio Alonso, preocupado por salvar lo salvable del patrimonio ideal allí acumulado en tiempos menos duros. Esa experiencia le enseñó qué necesario podía ser contar con un marco institucional capaz de custodiarlo a través de tiempos difíciles antes que a los más de sus compatriotas, a quienes la experiencia de más de un siglo de recursos abundantes en todos los órdenes había persuadido de que empezar todo de nuevo era un lujo que podían permitirse.

Lo más notable fue que mientras tantos usaban esos mismos argumentos para justificar ante sí mismos claudicaciones que vivían en la vergüenza, en el desempeño de esa delicada misión Anita se guió por el mismo exigente cartabón de conducta que se había impuesto en el aciago año de 1943, y de nuevo como entonces desplegando ese temple tan suyo con que hasta el fin iba a afrontar las más duras emergencias. Así lo comprendieron sus mentores, quienes desde los Estados Unidos y México se apresuraron a incorporarla a una empresa de rescate y enriquecimiento del legado ideal del tercio de siglo que los separaba de los tiempos en que la creación madrileña Junta de Ampliación de Estudios había puesto la semilla que en medio de las peores tormentas seguía siendo capaz de dar nuevos frutos.

Así, en 1953 Raimundo Lida obtuvo para Anita una beca en el Colegio de México, donde en ese año y el siguiente preparó la tesis doctoral que iba a presentar en 1955 en el Bryn Mawr College de Pennsylvania, y que, publicada por el mismo Colegio de México en 1957 bajo el título *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, fue su primera obra mayor. Muy pronto una precaria atenuación en la crónica crisis política, económica y social que desde 1930 vivía la Argentina hizo de los años transcurridos entre 1958 y 1966 quizá los más fecundos en la siempre tormentosa existencia de la Universidad de Buenos Aires, y quienes se formaron bajo la guía de Anita en esos años pueden dar testimonio de cuánto contribuyó su actividad a que lo fuesen también dentro de su propio campo. A lo largo de ellos Anita pasó a ser para mí mucho más que un tibio recuerdo de infancia; en una institución cruzada aún entonces por duras tensiones irresueltas nos tocó participar primero en la campaña que llevó a José Luis Romero al decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, y luego en las reuniones de su Consejo Directivo, que la frecuencia creciente de las emergencias creadas por la precariedad de la tregua en la eterna crisis argentina que había hecho posible nuestra presencia en él hizo también cada vez más frecuentes. De esos años me queda el recuerdo de tantas extenuantes sesiones nocturnas en que Edgardo Cozarinsky tenía a su cargo tomar la versión taquigráfica de nuestros ríos de elocuencia, con Anita que, sentada a mi lado, apenas contribuía a ellos

con brevísimas intervenciones siempre sorprendentemente eficaces. No menos eficaz iba a ser su intervención en la campaña de reelección de Romero, en que debimos competir con una lista que, frente a la creciente violencia de la ofensiva que iba a poner fin a esa tregua, proponía no darle nuevas armas respondiendo a los calumniosos ataques de los que éramos blanco, lo que por nuestra parte juzgábamos suicida. Uno de los integrantes de esa lista solicitó incautamente que lo dispensáramos de emitir personalmente su voto en el día del comicio, en que debía ofrecer una conferencia en Saladillo. Nos apresuramos a concedérselo, y solicitamos la misma gracia para Anita, que planeaba pasar el día en París, *chez* Cortázar, para Gilda Romero Brest, que lo pasaría en Estambul en una reunión de Unesco, y no quisiera inventarlo pero creo recordar que para la doctora Telma Reca, ocupada en Singapur en no sé qué misión, con lo cual conservamos por dos votos la mayoría de la representación del claustro de profesores y pudimos acompañar hasta el fin la agonía de la que es hoy recordada por tantos como una época de oro en los anales de la Universidad porteña. Pero a partir de 1966 a la divertida primera incursión en ese *jet set* del que iba a ofrecer una fantástica crónica David Lodge en *The Campus Trilogy* iban a seguir las innumerables que nos imponía la pérdida que creíamos definitiva de nuestra base argentina. Aunque al comienzo Anita solo sufrió atenuadamente las consecuencias de esa pérdida, gracias al apoyo material e institucional que por más de seis años recibió del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, que le permitió participar además en los proyectos promovidos por Gilda Romero Brest en el Centro de Investigación en Ciencias de la Educación del Instituto Torcuato Di Tella, también a ella el destino le impuso recorrer los caminos del mundo: en 1968 la encontré en una mañana en que al dejar atrás el frío del Harvard Yard y entrar en el corredor de ingreso al Boylston Hall me llegó desde la izquierda la voz inconfundible de Anita y desde la derecha la no menos inconfundible de Enrique Anderson Imbert, y si conservo de ello un recuerdo tan vivo es porque ante tanta adversidad habíamos aprendido a atesorar los momentos en que encuentros como ese nos brindaban una tregua a la soledad en que vivíamos esa aventura (ya María Elena Walsh, que sabía mucho de eso, nos había anticipado en su *Zamba para Pepe* que “un amigo nuevo no es lo mismo/se lo quiere por la mitad”).

En 1973, cercanos ya los tiempos en que la Argentina iba a ser gobernada bajo el signo del terrorismo de estado, Anita comenzó una etapa de diez años en que alternó semestres en Nueva York, donde dictaba cátedra en la Universidad de Columbia, y Buenos Aires, donde el Instituto Di Tella le ofreció precario refugio en un país presa de una viquiana *barbarie di riflessione*, y donde junto con muchos intelectuales y estudiosos consagró sus esfuerzos a mantener en vida una tradición de reflexión y estudios que los dueños del poder se habían prometido extirpar para siempre de la memoria argentina. Pero falsearía mi recuerdo si los presentara asumiendo sobre ese lóbrego trasfondo una misión cuasi-sacerdotal que requería la práctica cotidiana del heroísmo: ese recuerdo incluye la reacción que provocó el ametrallamiento en una madrugada del local del Instituto, que desde luego no dejó víctimas ni daños significativos, pero que en los usos de los gobernantes importaba una clara indicación de que lo que allí se hacía estaba traspasando los límites de lo tolerable. Encontré los comentarios que provocó el episodio inesperadamente serenos, mucho más que los que suscitó la autoinvitación de la que lo hizo blanco el doctor Kissinger, atraído a la Argentina durante el campeonato mundial de fútbol por su afición a ese deporte, que amenazaba perturbar los delicados equilibrios necesarios para sobrevivir a esos años siniestros sin tener que recordarlos en la vergüenza.

En 1983, cuando tras arrastrar al país a la ruina quienes habían venido a salvarlo huyeron en desorden del poder y después de más de medio siglo volvió la democracia a la Argentina, Anita entraba en la octava década de su existencia, e iba a ser esta en todos los planos la más activa de su entera trayectoria. En primer término en el institucional: tal como nos ha recordado Melchora Romanos, en él logró restaurar la normalidad perdida por el Instituto de Filología en esas décadas vividas en perpetua emergencia,

que vino a reflejarse en los quince anuarios de *Filología* publicados entre 1985 y 1999, y en este punto puedo dar fe de que la intervención de Anita fue mucho más allá de asegurar que los colaboradores cumplieran puntualmente sus compromisos; estoy seguro de no haber sido el único que recibió de ella pedidos de aclaración que me revelaron la necesidad de aclarar mejor también para mí mismo lo que creía haber estado diciendo.

A esa tarea vinieron a agregarse las requeridas por la renovación del personal de investigación de su campo de estudios en el CONICET y en las universidades argentinas, entre las que se sumaban a las impuestas por el paso del tiempo las debidas a los requerimientos del principio de periodicidad en sus cargos. Y aquí mi recuerdo va a una noche tórrida en que, famélicos luego de un día entero de entrevistas con candidatos a la renovación en esos cargos que sabíamos de antemano destinadas a alcanzar un desenlace feliz, y demasiado fatigados para encarar un inmediato retorno a nuestras casas, decidimos prolongar esa agotadora jornada en la cervecería más cercana. Anita se disculpó entonces: solo su presencia en La Plata en la primera mañana del día siguiente podía impedir que se perpetrara allí una intolerable iniquidad, lo que le imponía partir en la madrugada en el primer ómnibus con ese destino.

En ese día y esa noche había sido este el tema central de nuestras conversaciones al margen la *impasse* que era incapaz de superar el Congreso Pedagógico convocado en esos meses por el presidente Alfonsín en conmemoración del que un siglo antes había prohijado la implantación de la enseñanza primaria obligatoria y laica en la Capital Federal y territorios nacionales. En este punto Anita buscaba en vano persuadir a Gregorio Weinberg de que, utilizando la oportunidad abierta por los representantes de la Iglesia argentina, que, no suficientemente seguros de que serían capaces de imponer en él sus propios puntos de vista, habían propuesto posponerlo indefinidamente, se sumaran respetuosamente a esa propuesta.

Al evocar ese momento advierto que para hacer inteligible lo que en ello estaba en juego para Anita debería decir algo más acerca del lazo que hasta el fin la mantuvo unida con la fe que había aprendido en su infancia, pero también que me resultaría muy difícil hacerlo, y no porque ella evitara rozar el tema. Por lo contrario, sabiendo como sabía que yo había tenido una infancia católica prodigaba las rápidas alusiones a las prácticas en que ese lazo se reflejaba; así aprendí que no tenía paciencia con quienes iban más allá de cumplir con las devociones adecuadas para las fiestas de guardar, pero también que en ellas encontraba irremediablemente aburrido contribuir al gori gori al recitar las coronas del rosario, sin dar signo alguno de que se le cruzara siquiera por la mente dejar de hacerlo, por lo cual solo puedo agregar que ese mismo lazo logró sobrevivir intacto hasta el fin de una vida a la que el destino impuso demasiado frecuentes cambios de rumbo.

Al ingresar en el nuevo milenio creo que tanto ella como yo nos resignamos a que solo nos quedaba contemplar cómo pasaba la vida, tal como lo hacíamos dos veces por mes desde los ventanales del bar Tolón, y nos hubiera debido persuadir de ello la frecuencia con que nuestras tentativas de evitar que se perpetrara alguna nueva iniquidad podían ser serenamente ignoradas por quienes habían decidido infligirla a alguna inocente víctima. Yo me resigné a ello, pero no por cierto Anita, y por eso la última imagen que de ella conservaré mientras viva es la que luego del que no sabíamos que iba a ser nuestro último desayuno en el bar Tolón me dejó ver avanzar con paso decidido por la ancha vereda de Coronel Díaz, envuelto el cuello en uno de esos cuadrados de seda italiana con que gustaba de afrontar la intemperie, a nuestra indomable, a nuestra admirable Ana María Barrenechea.

